

no es una pasión, sino la máscara de todas las pasiones.

Resulta, pues, que nuestros propios desaciertos, la misma imperfección de nuestros juicios, sostienen el mal que nos proponemos destruir.

Si finge la mujer, nosotros la obligamos.

Parece que nos hemos propuesto cooperar á la comprobación y realización del siguiente dicho, atribuido á Clemente XIV:

“La mayor parte de las mujeres pasan su vida ofendiendo á Dios y confesándose de haberle ofendido.”

CAPITULO QUINTO.

EL AMOR.

I.

El amor se siente y no se define. Es poca cosa el hombre para penetrar el gran secreto de la naturaleza.

La luna que boga magestuosamente en un mar inmenso de azul; la blanca nubecilla que flota en la región de las estrellas; el aroma de dos violetas confundido por el céfiro; el murmullo de la fuente interrumpiendo el melancólico silencio de la noche; el dulce trino de los ruiseñores; el tierno arrullo de las tórtolas; la gota de rocío desprendida desde el cielo sobre el cáliz de la vida: hé ahí el amor.

Los poetas lo definen así.

Ciertos filósofos, que muchas veces hablan

de lo que no entienden, por el empeño de entenderlo todo, han dicho muy solemnes vulgaridades, pero vulgaridades filosóficas, al tratar del amor.

Todo cuanto acerca de este punto ha llegado á ocurrírseles, es llamar al amor *un no sé qué, que nace no sé de dónde*, lo cual, como cualquiera comprende, es capaz de convencer al más incrédulo.

El corazón y la cabeza pueden considerarse como el cuarto principal y la buhardilla de la casa: el amor es inquilino del primero, y los filósofos habitan la segunda. No conocen al vecino más que de vista.

Desde los tiempos de Homero hasta hoy viene escribiéndose del amor y la cuestión está intacta.

El último hombre que perezca en el día de la destrucción universal será el último libro de amor. ¿Quién se atreverá, pues, á hojearlos todos para sintetizar la materia?

Los poetas son los únicos que pueden acercarse al conocimiento de esa ciencia, que si es pura, produce á Santa Teresa escribiendo que Satan no sería Satan si fuese capaz de amar; que si es impura, produce á Safo precipitándose desde Léucade porque un hombre la abandona.

Los poetas, en cuyo cerebro y en cuyo corazón hay algo de sobrehumano que los eleva de la región tangible de la mortalidad, son los

que pueden hablar de ese sentimiento íntimo, ala veloz que Dios ha dado al alma para que vuele hasta el cielo, como le llama Miguel Angel; santa aspiración de la parte más etérea del espíritu, como dice Jorge Sand; secreto sublime en cuya virtud dos son uno, el hombre y la mujer se funden en un ángel, y el cielo aparece, como ha escrito Víctor Hugo; el arquitecto del mundo, en el sentir de Hesiodo; el perturbador del mundo, en concepto de Bacon; *el egoísmo de dos*, según la magnífica y profunda definición de La Salle.

Solamente los poetas, que reciben en los rayos de la luna raudales de inspiración, comprenden lo que dice al alma su melancólica palidez; ellos saben el secreto de la nubecilla que flota, y ven palpitar el seno de las flores, y comprenden el vago rumor de la fuente que murmura, y traducen el lenguaje de los ruiseñores y el tiernísimo arrullo de las tórtolas. Ellos son los únicos que han podido decir: "hé aquí el amor."

Los filósofos no han sabido por lo regular sino practicarle y reprimirlo: los poetas no creyentes lo han cantado; los poetas verdaderamente cristianos lo han divinizado.

El cristianismo que ilustra y dignifica cuanto en la serie de los siglos toca, elevó también la naturaleza del amor.

El amor de las pasadas edades había producido las Fedras y las Didos; el amor santo

que brotó de la doctrina salvadora produjo las Magdalenas.

Cuando el sentimiento caballeresco, y más que caballeresco cristiano, brillaba en toda su esplendente majestad, el sentimiento del amor venía á ser tan puro, tan arraigado, que sobre él, como sobre pedestal magnífico, se alzaba el sentimiento noble del más noble patriotismo.

Entónces, como dice un gran escritor, era más fácil amar á una mujer que seducir á muchas.

El amor no era un arte; era una verdad; era la fiebre del alma, y la pasión su delirio.

II.

Un libro acerca de las mujeres es lo mismo que un libro acerca del amor. Mad. Stäel responde por nosotros. El amor, dice, que no es más que un episodio en la vida de los hombres, es la historia entera de la vida de las mujeres.

Bajo este punto de vista, el amor, que es de ordinario en el hombre un manantial de felicidad, suele ser en la mujer un manantial de desdichas.

De cada cien hombres, noventa aman por verdadera impresion: de cada cien mujeres,

noventa aman por agradecimiento, por tener amor.

Porque el amor en las mujeres es un perfume, que cuanto más se reconcentra, más se espesce y más se eleva.

Los escritores atolondrados y los murmuradores sin gracia acuden al arsenal del amor en busca de armas con que combatir á la mujer.

¡Cobardes! ¡Cuánto mejor fuera educar su corazón, que burlarse de los extravíos de su corazón!

Casi todas las invectivas que contra las mujeres se han escrito y dicho, proceden de un mismo principio. Es regla constante; cuanto más se sumerge el hombre en el fango de las pasiones inmundas, tanto más rigorista viene á hacerse, por lo comun, respecto á las virtudes de la mujer. Cuanto más desciende en la escala de la fidelidad, tanto más sube en la escala de las exigencias.

Antes han falseado el amor los hombres que las mujeres: dígalos por nosotros la historia de la poligamia.

Al que nos atribuyese parcialidad en las ideas que vamos consignando, que medite en la siguiente máxima: "El amor es un niño grande: la mujer es su juguete."

Esta es una verdad que no puede ponerse en duda: como es tambien indudable que en contiendas de amor es el hombre juez y parte.

Si fuera posible repasar los millares de libros en que, ya de propósito, ya por incidencia, se trata del amor, observaríamos que por cada millar en cuya portada se lea el nombre de un hombre, hay difícilmente uno en cuya portada esté escrito el nombre de una mujer. La lucha, pues, aparece desigual.

Si las mujeres supieran escribir, si tuvieran espedito el derecho de defensa, no estaría ese juez invisible, llamado opinion pública, tan prevenido contra ellas; tal vez nos ganaran, con costas, el litigio; pero un tribunal donde todos son fiscales, y de los pocos defensores que hay, más de la mitad contribuyen á empeorar la causa, fácilmente se comprende que tiene en sí motivos muy justificados de recusacion.

Por estudiar los hombres el amor en los libros de otros hombres, se perpetúan los errores, las preocupaciones, y acaso las injusticias: para estudiar esa ciencia no hay más que un libro; ese libro es el corazón de la mujer.

Por eso un libro acerca de las mujeres, y un libro acerca del amor, vienen á ser frases sinónimas.

El amor es como la fisonomía. No hay dos mujeres que se parezcan en amor: entre cada dos media un abismo. Quien ha dicho que bajo ese punto de vista son idénticas to-

das las mujeres, ha incurrido en un desatino imperdonable, á menos que no añada estas palabras: *para el autor de la máxima.*

Eso varía de especie: ya en otro lugar lo hemos consignado; también para el ciego son idénticos todos los colores, y para el sordo todos los sonidos.

Todos los defectos que pueden tener las mujeres, todos los extravíos de que en su fragilidad puedan ser responsables, pesan ménos para un hombre imparcial y prudente que las amarguras que devora su corazón cuando ama; y ama casi siempre ó siempre sin casi, si hemos de dar crédito á madama Stäel.

¡Tan cierto es que las mujeres han com-
puesto el gran poema del amor, y los hombres lo cometan sin llegar á comprenderlo!

Cada lágrima desprendida en ciertas ocasiones de los ojos de una mujer, es un tesoro que no saben apreciar los corazones de tierra que se agitan en la sociedad presente.

Cada suspiro exhalado de una alma virginal es un grito sublime de *miserables!* que envía la ternura al egoísmo y á la incredulidad, á la mentira y á la indiferencia.

“Para la mujer, el amor es la curiosidad; para el hombre, el amor es el amor.”

¡Falso! O el que ha dicho tal blasfemia no sabe lo que es el amor, ó los cajistas han

trocado las palabras, y entónces no hay blasfemia.

Quitad á la mujer el amor, despojadla de su mas bello atributo, y puesto que no la educais, se quedará convertida en el ser más abyecto de la tierra.

El amor es un hilo que la mujer tiene por los dos extremos, y que nos da á retorcer.

Convenido.

¿Quién lo soltará ántes; el que tiene el hilo doblemente asido, ó el que lo tiene por un sólo cabo, sujeto con dos dedos y en movimiento constante?

III.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

¡Ay infeliz de la que nace fea!

Esta es la verdad, digan cuanto quieran en contrario los genios de gacetilla.

Infeliz es la mujer hermosa, é infeliz la mujer fea: contra la primera conspiran las asechanzas y la seducción; la segunda, segun el dicho de una escritora célebre, no conoce sino la mitad de la vida. La primera vive, respecto al hombre, en el constante flujo de los engaños; la segunda en el reflujó constante de los desengaños. La primera suele no corresponder á los que la aman; la segunda ama ordinariamente á los que no la corresponden.

La primera, si la virtud no la acompaña, está próxima al desvanecimiento; la segunda, si no la acompaña la virtud, está próxima á la desesperacion.

Engañar á una mujer fingiéndose su apasionado, es la accion más cobarde que puede concebirse en un hombre de honor: si la mujer es hermosa, por lo fácil; si no es hermosa, por lo aleve.

Lo que ordinariamente se llama galantería suele ser el trabajo de zapa que el vicio emplea para minar la virtud.

Cuando cae la máscara de la galantería, se concluye el carnaval del amor. La ceniza que suele venir en pos de ese carnaval, hierre los ojos y no es difícil que produzca la ceguera.

Muchas de las flores que á nombre de la galantería se dirigen á la hermosura y á la discrecion, llevan en su tallo espinas muy punzantes y exhalan de su cáliz emanaciones malélicas.

¡Hay tanta iniquidad y tanta miseria cubiertas con guante blanco! ¡Hay tanto corazón del cieno bajo los botones de brillantes! ¡Hay tantas cabezas hermosas como el busto de la fábula!.....

Si fuera posible que las mujeres conociesen la vida íntima de una gran parte de esa juventud de tono, con asco rechazarían de su lado

al primer hipócrita que les quemara incienso, ó al primer osado que les mintiese amor.

¡Cuántas veces, dice La Bruyere, oculta una mujer toda la pasión que abriga hácia el hombre mismo que en aquellos instantes le está fingiendo pasión!

¡Cuántas veces, á las mentidas frases de una ternura que no existe, corresponde la débil mujer con una mirada ó con un suspiro que encierra más ternura que todos los libros de los sábios!

¡Cuántas veces al amor-*sensación* del hombre corresponde el amor-*sentimiento* de la mujer!

Es una verdad patente: no hay mujeres insensibles; si alguna lo pareciere, compadecemosla: no ha encontrado todavía al hombre á quien debe amar.

¡Infeliz mujer, la hermosa y la que no lo es, porque su ventura, su tranquilidad, su porvenir quizá, dependen de cuatro palabras veraces ó falsas que dejan caer sobre su corazón los labios de un caballero ó de un malvado!

¡Infeliz mujer, la hermosa y la que no lo es, condenada á esperar, á esperar indefinidamente!.....

¡Cuántas ilusiones bellas brotarán en su pecho, y en su pecho se marchitarán al soplo helado de la indiferencia y del olvido!

Vosotras, las que habeis amado á un hom-

bre que no os correspondia, que no os miraba, que no os conocia tal vez, decid á esa raza escéptica que ha metalizado los sentimientos más puros del alma, decidle si existen ó nó los verdaderos mártires del amor.

¡Vosotros, hombres de corazón, que lo habeis ocupado todo con la imágen de una mujer, decidles á esos pobres de espíritu y ricos de mentira, si es tan fácil como ponderan hacer una ingénuo confesion de amor!

Porque en las declaraciones de amor va ordinariamente el proceso de los amantes que engañan.

No olviden esta máxima nuestras bellas lectoras: la mejor declaracion de amor es la que no se hace.

Y la razon es muy sencilla: cuando el hombre siente mucho, habla muy poco ó no habla.

Para una mujer delicada no hay declaracion de amor más seductora que la timidez y el embarazo de un hombre de talento.

Cuando en una respuesta estriba nuestra dicha ó nuestra desventura, ¿quién será tan sereno que se atreva á hacer de repente la pregunta?

No hay nada más poético ni más grandioso que el amor de dos personas que nunca han hablado de amor.

Y es que como las palabras son el perfume de la flor del cariño, no quieren ni aún perder ese perfume. ¿Qué importan los so-

nidos de los labios si se establece el lenguaje simpático de los corazones?

El amor puro tiene el raro privilegio de fundir dos almas en una. Y nadie habla á voces consigo mismo.

Nos referimos al amor puro; al amor-*sentimiento*: al que está muy próximo á constituir una virtud; no al amor grosero, al amor-*sensacion*, al que está muy próximo á constituir el más vergonzoso de los vicios.

Quejas, placer, enojos y ternura, todo lo expresa una mujer discreta: en el fuego de una mirada, en el dulce movimiento de una sonrisa, en una lágrima imprudente que destila de sus párpados y rueda por sus mejillas, en el hálito imperceptible de un suspiro que se escapa á hurtadillas de su pecho.

El misterio y la reserva son las dos condiciones más íntimas del amor. Si se convierte el amor en un asunto vulgar, desaparecerán sus más dulces atractivos: despójesele del interés palpitante que lleva consigo la adivinacion, y quedará el amor convertido en un asunto vulgar.

Para las almas de cierto temple, la mudez es la expresion suprema del egoismo doble del amor.

Para los colegiales atolondrados y los que se llaman hombres de mundo, porque viven en el mundo, es de rigor comenzar *escribiendo*

ó *hablando*, sean cuales fueren las circunstancias, y sea cual fuere la mujer elegida para víctima.

Con una metralla de *sentimiento, impresiones, alma, corazon, juramentos, felicidad*, y todas las otras frases que hay en ciertos *libros para escribir y dictar cartas*, esperan los enamorados vulgares tomar la fortaleza y conseguir la conquista.

Escasa idea llegaria á dar una fortaleza que tan fácilmente se rindiese; y escaso mérito tendrá una conquista tan brevemente alcanzada.

Una declaracion positiva, inesperada, *ex abrupto*, si es lícita esta expresion, ofrece muy pobre testimonio del ingenio que la prefiere, y hace asomar los colores á la mujer que la escucha.

Y el hombre, regla general, nunca, bajo ningun concepto, debe excitar el rubor de una mujer.

Los que aman verdaderamente no saben, en punto á declaracion, ni cuándo la comienzan, ni cuándo la terminan. La mujer lo adivina.

Y es natural; al amor verdadero no urge la correspondencia; se alimenta de sí mismo.

¿Sabeis por qué no son elocuentes, pregunta Chateaubriand, algunos enamorados?—Porque su corazon habla muy alto y les impide oír lo que dicen.

¿Será que el hombre de talento no halle palabras para declararse? ¿Será que falte al hombre de inteligencia y de corazón lo que sobra á los horteras todos los domingos en sus bailes y sociedades, y á los estudiantes de filosofía todas las noches en sus modestas tertulias?

¡Absurdo!

Desconfiad, pobres niñas, de esas declaraciones de rigodon, que duran tanto como los sonidos de la música que escuchais: haced cuenta que son *dos músicas*.

Tened presente que si es propio de un hombre cándido hacer una declaración á primera vista, es propio de mujer más que cándida acogerla sériamente, y aun celebrarla como una simple galantería, siendo como es de ordinario una galantería simple, que no merece siquiera los honores de vuestra sonrisa.

¿Sabeis dónde está la verdadera, la explícita declaración de amor? En la conducta misma del hombre que se os acerca y apenas se atreve á alzar la vista para miraros: oidlo de boca de *un sábio*.

Un jóven, dice, que ama, no es libertino, ni disipado, ni ambicioso: sus pasiones están en suspenso; una sóla llena por completo su corazón, sólo se afana por ser bueno, lo que se llama realmente bueno. ¡Dichosos los que

tienen pasiones que los hacen ménos insensibles y más humanos!

Meditad mucho en las palabras de este sábio: encierran todo un libro de enseñanza.

Si se acerca á juraros amor un hombre de esos que el mundo llama despreocupados y el diccionario incrédulos ó irreligiosos, no escuchéis sus palabras; huid de su lado; que ni puede cumplir sus juramentos quien no fuere buen creyente, ni puede amar sino con el amor grosero de la tierra quien tiene cerradas las ventanas del alma que dan vista al apacible mar de lo infinito.

Pero si llega hasta vosotras un hombre digno y leal que os ama sin decíroslo, que os contempla y calla, que sufre y calla, que espera y calla, fijad la vista en él, calmad su pena, corresponded á su esperanza.

“Amad: este es el único bien que hay en la vida.”

Así lo ha escrito Jorge Sand.

Permitámonos añadir un adverbio, y será la expresión mucho más bella.

Amad cristianamente: este es el único bien que hay en la vida.

IV.

No hay nada que ponga más á prueba el talento de una mujer, que la declaración amorosa de un hombre por quien se halla intere-

sada. Si está segura de su amor, prefiere mil veces el silencio.

La mujer frívola tiene ya como estereotipadas ciertas frases que acomoda, sean ó no oportunas, á toda declaracion. Si esta llega por escrito, su respuesta es una circular de que existen varios ejemplares; con llenar la fecha y acaso el nombre, queda el asunto terminado.

La diferencia es la tísis del amor: la antipatía es la congestión del amor: la congestión puede ser vencida: la tísis es incurable. De la indiferencia es muy difícil avanzar: de la antipatía no es difícil una evolución hasta la simpatía; y la simpatía es el parentesco de los corazones.

Correspondido esplicita ó implícitamente por una mujer de talento el amor de un hombre digno de ella, es muy difícil que llegue á borrarse de su alma el dulce sentimiento que la domina.

La ausencia es el gran problema del amor; pero ese problema está ya resuelto; y lo está, no en los libros de los sábios, ni en las vagas especulaciones de los filósofos; en una simple seguidilla que canta el vulgo; héla aquí:

Es el amor, mi vida,
Como la sombra,
Que cuando más se aleja
Más cuerpo toma.

La ausencia es aire,
Que mata el fuego chico
Y aviva el grande.

Estos versos están en completa contradicción con estos otros que no há mucho leímos en un álbum:

Para encontrar un remedio
De amor en la cruda guerra,
No hay mas que poner por medio
Mucho tiempo y mucha tierra.

El mayor castigo que pudiera darse al autor de la redondilla, fuera sin duda entregar su nombre á la execración de la bella mitad del género humano; pero el autor de los APUNTES se honra mucho llamándolo amigo íntimo, y se contenta con negar la proposición.

El tiempo pasa en balde para el amor; la tierra es pequeño obstáculo para su inmenso poder.

¿Qué importan el espacio y la distancia para dos almas que están fundidas en una, para dos corazones que están engarzados por mano de un ángel?

Los enamorados ausentes tienen la doble vista de espíritu y la fantasía. Ellos se ven al reflejo de la luna, simpático testigo de su amor.

Se hablan en el céfiro suave que acaricia su frente, y juega con sus cabellos.

Se envían protestas de fidelidad en el majestuoso silencio de la noche.

Cuando duerme la naturaleza, velan los enamorados.

A la luna y á las estrellas pide nuevas el amante; interroga á la brisa que se agita, y al arroyo que murmura; y en el suspiro dulce de la brisa, y en el murmurio grato del arroyuelo, oye la voz de su amada; el eco de ventura que anima su corazón.

Sus ojos no se apartan del camino: ¡el camino es tan largo!.....

Sus labios articulan una palabra que el aura roba y lleva mansamente por el espacio: *¡ven!*

La luna, que rasga entónces la ténue gasa de una nube perdida en el espacio, envía un rayo que hiere la vista del amante melancólico; aquel rayo alumbra una lágrima de fuego: aquella lágrima es el bautismo de un amor puro y sublime.

Así explican la ausencia los poetas.

¡Benditos sean los poetas, si es cierto que sienten lo que dicen!

¡Benditos una vez más, sí es indudable que dicen lo que sienten!

Vosotros, los que teneis léjos vuestro amor, decid si los poetas son unos ignorantes sublimes, ó unos adivinos de los sentimientos más íntimos del alma.

Decid con la mano sobre el corazón, cuál de estas dos sentencias es más cierta:

—“Amante que no es visto, es olvidado.”

—“Más puro es el amor que vive sólo.”

La primera es propia de un mercader de amor; la segunda ha brotado de los labios de un hombre de corazón.

Si en el amar sin ser amado hay un encanto profundo y melancólico, en el recuerdo del amor correspondido hay un raudal perenne de consuelo y alegrías.

Los amantes que se ven y se hablan tienen la felicidad del amor; los que viven separados, tienen dos felicidades: la del amor y la de la esperanza.

La esperanza es un árbol en flor que se balancea dulcemente al soplo de las ilusiones.

La infidelidad es la tormenta que lo marchita y lo deshoja; el olvido es el rayo que lo consume.

La ausencia y el olvido no son voces casi idénticas, como se cree vulgarmente: entre ambos se alza un muro de bronce: ese muro es el amor.

El amor verdadero se purifica y quilata en la ausencia como el oro en el crisol. Los ausentes que se aman, son los verdaderos hijos del amor.

En las ausencias largas, mucho más peligra la constancia del hombre que la fe de la mujer.